

843
B.



PQ 2199
C78

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
exige la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de Ricardo Rojas, Campomanes, 8.
Teléfono 316.

CRUEL ENIGMA

I

Todos los hombres acostumbrados á sentir con viveza de imaginación conocen perfectamente la especie de melancolía á que induce la contemplación de una perfecta semejanza entre una madre y su hija cuando la madre tiene cincuenta años y la hija veinticinco, y la primera representa ya el espectro anticipado de la vejez de la segunda. ¡Qué fecunda es en amarguras, para un enamorado, la contemplación de la inevitable marchitez reservada á la beldad á quien adora! Para un observador desinteresado, tales semejanzas abundan en reflexiones singularmente sugestivas. En efecto: es raro que la analogía de las facciones de los dos rostros llegue hasta la identidad; pero aún es más raro que la expresión de las mismas sea enteramente igual. Por regla general, de una generación á otra ha

existido como una marca progresiva del temperamento común. La cualidad dominante de la fisonomía domina aún más, como símbolo visible de un desarrollo del carácter producido por la herencia. Un rostro delicado se afina cada vez más: si era sensual, se materializa; si era voluntarioso, se endurece y se seca. Pero, sobre todo, en la época en que la vida ha completado su obra, cuando la madre ha pasado de los sesenta años y la hija de los cuarenta, esta gradación en las semejanzas es casi palpable para el que las contempla, y con ella la historia de las circunstancias morales en que se ha agitado el alma de aquella raza, de la que las dos mujeres marcan dos etapas.

La percepción de las fatalidades de la raza es tan clara entonces que produce angustia. ¡En estas ocasiones es cuando se revela, aun para los espíritus más desprovistos del conocimiento de las ideas generales, la implacable, la trágica acción de las leyes de la naturaleza, y por poco que esta acción se manifieste en contra de las personas que nos son queridas, aun independientemente del amor, hace muy mal efecto comprobarla!

Por más que á los sesenta y dos años, con una enfermedad del hígado contraída en

Africa, cinco heridas y quince campañas, no se halle un hombre que en otro tiempo ha partido como simple soldado, y que es General en la actualidad, muy predispuesto á elucubraciones filosóficas, está, no obstante, sujeto á impresiones de este orden, como á las que el General Conde Alejandro Scilly se entregaba aquella noche, al salir del salón de un hotelito de la calle de Vaneau, en donde había dejado frente á frente á su antigua amiga, la señora de Castel, y la hija de aquella amiga, la señora de Liauran. Acababan de dar las once en un reloj del más puro estilo del Imperio — un regalo de Napoleón I al padre de la señora de Castel, — colocado en la chimenea de aquel salón. El General se había levantado puntualmente á la primera campanada, como lo hacía siempre, á fin de ocupar de nuevo su coche, cuya llegada le habían anunciado.

El Conde tenía en verdad las razones más poderosas del mundo para estar profundamente trastornado. Después de la campaña de 1870, que le había valido sus últimas charréteras, pero en la que su salud sufrió de un modo considerable, aquel hombre se había encontrado en París sin más parientes que unos primos lejanos á los que no quería y con los que había tenido disgustos con motivo de

la herencia de una prima. ¿Pues no habían impugnado el testamento de la anciana señora, y le habían acusado de captación? ¡A él, al Conde Scilly, al propio hijo del héroe de Leipzick! Con la necesidad de reemplazar por costumbres fijas el cariño y los cuidados de la familia ausente, que distingue á los solterones, el General se había visto obligado á crearse una familia fuera de su vivienda de soldado de cuartel. Las circunstancias le habían hecho comensal casi cotidiano del hotel de la calle de Vaneau, en que habitaban dos mujeres á las que estaba ligado desde hacia mucho tiempo.

La de más edad, María Alicia de Castel, era la viuda de su primer protector, del capitán Huberto Castel, muerto á su lado en Argelia cuando Scilly no era más que sargento. La segunda, María Alicia de Liauran, era la viuda del más querido de sus protegidos, del capitán Alfredo Liauran, muerto en Italia. Todas las personas que hayan estudiado un poco el carácter del viejo solterón y del veterano oficial (estos dos estados constituyen como dos celibatos uno sobre otro) comprenderán á simple vista el puesto que ocuparían aquella madre y aquella hija en la existencia del General. Cada vez que salía de casa de

aquellas mujeres, y durante todo el tiempo que el carruaje empleaba en conducirlo á su casa, su única preocupación era recordar todos los incidentes de su visita, y eso que el carruaje tardaba bastante, pues el General habitaba en el barrio de Orleans el piso bajo de una antigua casa que le había sido legada precisamente por su prima. El coche no caminaba ciertamente de prisa. Lo conducía un viejo caballo de regimiento, muy manso, y guiado por un antiguo soldado, el fiel Beltrán, que no hubiera castigado al animal aunque le hubieran dado un tonel de aguardiente, su bebida favorita.

El coche no reunía tampoco las mejores condiciones para rodar cómodamente, pues era bajo y pesado, un verdadero clarens de señora anciana y noble, que el General había conservado tal como estaba con el verde pálido del cuero de la guarnición y el matiz verde oscuro del de los asientos. ¿Será necesario decir que Scilly había heredado aquel coche al mismo tiempo que la casa? En su ignorancia de viejo veterano, acostumbrado á las rudezas de una carrera que había tomado muy en serio, consideraba sencillamente aquel pesado vehículo como el *desiderátum* de lo confortable, y con la mano apoyada en uno

de los pasabrazos, sentado en el borde de los asientos en que su prima se tendía voluptuosamente, veía sin cesar el salón de la calle de Vaneau y á las dos señoras que habitaban aquella tranquila casa—¡oh! tan tranquila, con sus altas y cerradas ventanas, detrás de las cuales se extendía el jardín principal, que empezaba en la calle de Varenne y terminaba en la de Babilonia;—¡sí, tan tranquila y tan conocida de Scilly hasta en sus menores detalles! En las paredes estaban colgados tres grandes retratos, que atestiguaban que, desde la Revolución, todos los hombres de aquella familia habían sido militares. Primero estaba el del coronel Huberto Castel, el abuelo, retratado por el pintor Gros con el oscuro uniforme de los coraceros del Imperio, la cabeza descubierta, la robusta nuca sujeta por un cuello azul oscuro, su busto revestido con la coraza, sus brazos apretados por el oscuro paño de las mangas y sus manos cubiertas con guantes blancos. Napoleón había caído demasiado pronto del trono para recompensar, como él lo deseaba, á aquel oficial que le salvó la vida en la campaña de Rusia. A su lado se encontraba el del hijo de aquel valiente caballero, el capitán del ejército de Africa, pintado por Delacroix, con la túnica azul ple-

gada y el largo pantalón encarnado ajustado hasta los pies; después el retrato, pintado por Flandrin, de Alfredo Liauran, con el uniforme de oficial de línea, tal como Scilly le había usado también.

Por todas partes se veían miniaturas que representaban al coronel Castel antes de haber alcanzado su grado, y también hombres y mujeres del antiguo régimen; porque la señora de Castel, antes señorita de Trans—de los Trans de Provenza,—pertenecía á una numerosísima y noble familia de las cercanías de Aix. El padre del coronel Castel, simple intendente del padre de María Alicia, había salvado los bienes de esta familia, á la verdad poco considerables, durante la borrasca de 1792, y cuando en 1829 la señorita de Trans quiso casarse con el hijo menor de Castel, que á su vez era hijo de un célebre militar, no encontró la menor resistencia. Todo el pasado de la señora de Castel y de su hija estaba, pues, esparcido bajo los muros de aquel salón severo é íntimo á la vez, como todas las piezas que se habitan mucho por personas que tienen el culto de los recuerdos. El mobiliaje, compuesto de una curiosa mezcla del primer Imperio, de la Restauración y de la Monarquía de Julio, no correspondía

ciertamente á la fortuna de las dos mujeres, que había llegado á ser considerable á causa de su economía y de su modesto género de vida; pero no había ni uno de aquellos muebles que no recordase á un sér querido para ellas y para Scilly, que desde su infancia conocía perfectamente á todas las personas y todas las circunstancias por que había atravesado aquella familia.

¿No habían hecho Conde á su padre el mismo día que hicieron coronel á Castel, su compañero de armas?

Aquel conocimiento profundo de la vida de las dos mujeres, y de las vicisitudes de la familia, era lo que hacía al yiejo tan sensible á su amistad y á la casa que habitaban. Se había identificado con ellas hasta el punto de no poder dormir por la noche cuando las había dejado preocupadas por cualquier cosa. Aquel hombre delgado y rígido, en el que todo revelaba la estricta disciplina, desde la pureza de su mirada hasta la regularidad de su paso y el rigorismo extremado de su traje, descubría, cuando se trataba de sus dos amigas, todos los tesoros de sensibilidad que su género de vida no le había permitido gastar. Precisamente aquella noche, del mes de Febrero de 1880, se encontraba en el estado de agitación en que

estaría un amante que hubiese visto los ojos de su adorada bañados de lágrimas, sin conocer el motivo que las hacía brotar.

—«¿Qué clase de disgusto podrá afligirlas, que no me dicen nada de él?» Esta pregunta cruzaba con frecuencia por el cerebro del General, mientras que su coche corría azotado por el viento y la lluvia. Hacía un tiempo tan endiablado *como un prusiano*, según la expresión del cochero del Conde; pero éste no pensaba siquiera en levantar el cristal de la ventanilla, por la cual entraban á cada instante ráfagas de viento, de las que no se preocupaba, recordando y volviendo á recordar que sus pobres amigas habían estado mortalmente tristes toda la tarde. El bueno del General las contemplaba en su imaginación tal como su última mirada las había dejado.

La madre, sentada á un lado de la chimenea en una mecedora, con sus blancos cabellos, su altivo perfil, sus ojos extremadamente negros, y su rostro surcado de esas arrugas verticales que parecen testimonio exclusivo de la nobleza. La palidez extraordinaria de su rostro extenuado y como vacío de sangre, revelaba los inmensos pesares de una viudez que ninguna distracción había logrado consolar. Pero aquella palidez había parecido al

Conde más sorprendente aún aquella tarde, así como también la inquietud de la fisonomía de la hija. Aunque la señora de Liauran había pasado de los cuarenta años, no se veía aún una cana entre los negros cabellos que coronaban su rostro abatido, pero no marchito, en el que se encontraban todas las facciones de su madre, pero más demacradas y doloridas. Una enfermedad nerviosa la tenía casi siempre postrada en un sillón, que aquella tarde estaba colocado exactamente enfrente de la mecedora que ocupaba la señora de Castel; así es que el General, al salir del salón, había podido contemplar á la vez á las dos mujeres, y presentir confusamente que sobre la segunda pesaba una doble viudez. No, no se conocía ningún hecho que no fuese doloroso en la vida de aquella criatura. Para Scilly, que conocía la pura atmósfera de ternura y de sentimiento en que había crecido la segunda María Alicia antes de entrar por sí misma en una atmósfera de nuevas penas, aquella especie de doble viudez explicaba bien la exageración en la hija, de una sensibilidad ya demasiado pronunciada en la madre. Pero, ¿no hacía años que la melancolía de las dos viudas se distraía, ó mejor dicho, se endulzaba con la presencia de un niño, de Alejandro Huberto Liau-

ran, nacido algunos meses antes de la guerra de Italia, criatura encantadora, aunque demasiado débil para el gusto de su padrino el General, que solía llamarle «señorita Huberto», y tan gracioso como todos los niños educados exclusivamente por mujeres? En las condiciones en que su madre y su abuela se encontraban, ¿cómo no había de ser aquel joven el mundo entero para ellas? Si están tristes, no puede ser más que por su causa, se decía el Conde; sin embargo, nadie piensa por ahora en la guerra... añadía el viejo soldado, recordando la promesa que el joven le había hecho de alistarse en seguida como voluntario si alguna nueva lucha se entablaba entre Alemania y Francia. Sólo con esta condición se había decidido á no combatir el deseo de las dos mujeres, que, como es natural, querían tener siempre á su hijo en su compañía.

En efecto, al joven le había agradado desde pequeño la carrera militar; pero la sola idea de ver á aquel joven, á su único hijo, vestido de uniforme había sido para la señora de Castel y la señora de Liauran tan duro martirio, que el niño y su padrino hubieron de renunciar, quedándose aquél con su madre y su abuela, sin otra carrera que la de amarlas y ser amado por ellas.

El recuerdo de su ahijado Huberto despertó en el Conde una nueva serie de pensamientos. Su carruaje, después de haber recorrido la calle del Bac, se internaba en los muelles. Unas gotas de la lluvia hirieron la mejilla del viejo soldado, que cerró entonces el cristal que había permanecido abierto. La súbita sensación del frío le hizo refugiarse en un rincón del coche y embeberse más aún en sus pensamientos.

La especie de recogimiento que produce una contrariedad física, produce con frecuencia el extraño efecto de avivar en nosotros el poder del recuerdo. En ese caso se encontró el General, que recordó súbitamente que, desde hacía algunas semanas, su ahijado había pasado rara vez la velada en la calle de Vaneau. El Conde no se había inquietado por ello, porque sabía que la señora de Liauran deseaba que frecuentase el mundo. ¡La pobre señora temía que su hijo se cansase de aquella vida tan estrecha! Un secreto instinto obligó entonces á Scilly á atribuir á aquellas ausencias la inexplicable tristeza esparcida en el rostro de las dos mujeres. ¡Sabía hasta la evidencia que los más vivos deseos del corazón de la abuela y de la madre tenían por fin supremo la existencia de aquel niño, y se

le representaban las mil escenas de apasionado afecto á que había asistido desde la época en que nació Huberto!

Recordaba las recrudescencias de palidez de la señora de Castel y las horribles angustias de la señora de Liauran, al observar una ligera indisposición en el niño. Recordaba los días de su educación, que su madre había querido darle por sí misma. ¡Cuántas veces había admirado á la joven, reclinada en una mesita, empleando muchas horas de la tarde en estudiar en un libro de latin ó de griego la página que el pequeño debía recitar al día siguiente! Por una de esas locuras de afecto, propias en ciertas madres á las que haría sufrir horriblemente la más pequeña discrepancia entre su espíritu y el de su hijo, la señora de Liauran había querido asociarse, hora por hora, al desarrollo de la inteligencia de su niño. Huberto no había dado una lección sin que su madre asistiese á ella, trabajando en alguna labor de caridad, haciendo colcha ó pañuelos para los pobres; pero escuchando con toda atención á lo que decía el profesor. Había llevado la divina susceptibilidad de su celo cariñoso hasta no querer que su hijo asistiese á ningún colegio. Huberto había hecho sus estudios con profesores particulares que

la señora de Liauran había tomado, guiada por las recomendaciones del cura de Santa Clotilde, su director, y ninguno de ellos había podido disputarle su influencia, en la que no daba participación más que á la abuela.

Cuando fué preciso que el joven aprendiese la equitación y la esgrima, la pobre mujer, para la que una hora pasada lejos de su hijo era un siglo de angustias y de sufrimientos, necesitó meses y meses para decidirse. Por fin consintió en disponer para la sala de armas una pieza del piso bajo del hotel. Un antiguo maestro de esgrima del ejército, establecido en París, y al que el general Scilly había tenido bajo sus órdenes en el servicio, iba tres veces á la semana á dar lección al niño. La madre no se atrevía á decir que solo el ruido del choque de las espadas despertaba en ella el temor de algún accidente y la causaba una emoción insuperable. El Conde había conseguido de la señora de Liauran que le confiase á su hijo para enseñarle á montar, pero había sido á condición de que no le abandonaría ni un minuto; y cada vez que salía para dar la lección era para ella un motivo secreto de agonía. Todos aquellos matices de sentimientos que habían hecho de la educación de Huberto un misterioso poema de locos terrores,

de felicidad dolorosa y de continua efusión, los había comprendido el Conde Scilly, por más que fuesen extraños á su carácter, gracias á la viveza de sentimiento que le producía aquella afección tan sincera, así como comprendía también que la señora de Castel, aunque era en apariencia más dueña de sí misma que su hija, no por eso era más prudente. ¡Cuántas miradas había sorprendido en aquella mujer tan pálida, envolviendo á María Alicia Liauran y á Huberto en ardiente, en absoluta idolatría!...

Los días habían pasado; su hijo llegaba á los veintidós años, y las dos viudas continuaban inventando todos esos atractivos que las madres, las esposas ó las amantes, las mujeres apasionadas en una palabra, inventan para retener cerca de ellas al sér que es objeto de su pasión. Con una nimiedad de profundos cuidados, que las producía íntimas delicias, se habían complacido en adornar para Huberto la más adorable de las habitaciones de soltero que cualquiera puede soñar. Hicieron agrandar un pabellón situado detrás del hotel, lindante con un pequeño jardín contiguo á su vez al inmenso de la calle de Varenne. Desde las ventanas de su alcoba, la señora de Liauran podía ver la de su hijo, que tenía de aquel

modo un pequeño universo independiente destinado para él. Las dos mujeres habían comprendido que no podrían conservar siempre á su lado á Huberto más que adelantándose al deseo de una existencia personal, inevitable en un hombre de veinte años. En el piso bajo de aquel pabellón, dos salas grandísimas lindantes con el jardín se habían convertido, la una en sala de billar y la otra en salón de esgrima, con todos los aparatos necesarios. Allí recibía Huberto á sus amigos, los cuales se componían de muchachos de las mejores familias del barrio de San Germán, pues la señora de Castel y la señora de Liauran, aunque no hacían visitas, habían conservado continuas relaciones con todas las personas del barrio que se ocupaban de obras de caridad.

Aquella era una sociedad aparte, muy diferente de la sociedad mundana, y unida de una manera tanto más estrecha cuanto que las relaciones eran en ella muy frecuentes, muy serias y muy personales. Pero ciertamente ninguno de los jóvenes amigos de Huberto tenía una instalación comparable con la que las dos mujeres habían organizado en el primer piso del pabellón. Ellas, que vivían con la sencillez de viudas sin esperanzas, y que no hubieran modificado por nada del

mundo el antiguo mobiliario del hotel, habían aceptado repentinamente para Huberto todas las veleidades y caprichos del lujo moderno. La alcoba del joven estaba tapizada con tela del Japón, con bonita y coqueta fantasía, y todos los muebles eran ingleses. La señora de Castel y la señora de Liauran habían visto en casa de sus parientes, partidarios furiosos de las cosas y costumbres inglesas, algunos modelos que las habían agradado, y se habían ofrecido, como un capricho de amor, el gusto de dar á su hijo aquella original elegancia. En aquella pieza situada al Mediodía é iluminada siempre por el sol, había también un precioso armario con tres entrepaños, un lavabo de madera, un espejo magnífico encima de la chimenea, dos graciosas rinconeras, una cama baja y cuadrada y butacas de las que no se levantaría uno nunca; en fin, en aquella morada se encontraban reunidas con exquisito refinamiento todas las comodidades que un inglés rico desea procurarse. El cuarto de baño y el gabinete de recibir comunicaban con aquella habitación.

Aunque Huberto no fumaba aún, las dos mujeres habían previsto hasta esa costumbre, que las sirvió de pretexto para disponer una pequeña pieza á la oriental, con profusión de

tapices de Persia y un gran diván forrado de telas argelinas que el General las había regalado como recuerdo de sus campañas; tapices parecidos guarnecían el techo y las paredes, en las que se veían todas las armas que habían manejado tres generaciones de oficiales. Sables egipcios recordaban la primera campaña hecha por Huberto Castel á las órdenes de Bonaparte. El capitán del ejército de Africa había poseído las armas árabes, y las procedentes de Crimea atestiguaban la presencia del subteniente Liauran bajo los muros de Sebastopol.

Al salir del cuarto de fumar se entraba en el despacho, cuyas ventanas eran dobles, y las interiores, de vidrieras de colores, hacían que en los días nebulosos no se percibiese la tristeza del tiempo. ¡Las pobres mujeres habían pasado en cambio días bien tristes contemplando un cielo terriblemente oscuro! Delante de una gran mesa de despacho, colocada en medio de la habitación, se veía una de esas butacas giratorias que permiten al que trabaja sobre la mesa volverse hacia la chimenea sin levantarse. Una mesita-escritorio presentaba su pupitre abierto, por si el joven tenía el capricho de escribir de pie, y un canapé le esperaba en sus ratos de pereza.

En un ángulo había un piano y cercando á toda la pieza se veía una biblioteca cuyos estantes se hallaban al alcance de la mano.

Quizás la elección de los libros que adornaban los tableros de este último mueble, demostraba, mejor aún que todos los demás detalles, el temeroso cuidado con que la señora de Castel y la señora de Liauran lo habían dispuesto todo para permanecer dueñas de su hijo durante esos difíciles años que de un niño á los veinte hacen un hombre á los treinta.

Como las dos, en su calidad de viudas de militares, habían conservado el culto de la vida de actividad al mismo tiempo que su excesiva ternura por Huberto y eran incapaces de soportar que él afrontase la carrera de su padre y de su abuelo, encontraron un compromiso de conciencia en el sueño, formado por él, de una existencia de estudios. Acariaban sencillamente el deseo de que emprendiese un largo trabajo de historia militar, como el que había dejado uno de los Trans del siglo XVIII. ¿No era ese el medio más seguro de que permaneciese muchas horas al día al lado de ellas? Así, pues, habían reunido, gracias á los consejos de Scilly, una colección de libros bastante á propósito para aquel proyecto. La correspondencia completa del

Emperador, la serie de las Memorias relativas á la historia de Francia y una profusión de volúmenes de viajes formaban el fondo de aquella biblioteca. Algunas obras de religión, un pequeño número de novelas y las obras de Lamartine acababan de formar el conjunto. Justo es decir que en aquel rincón del mundo, en que no se recibía ningún periódico, la literatura contemporánea era desconocida en absoluto. Las ideas del General y las de las dos mujeres eran idénticas en este punto. En realidad, estaban todos casi tan lejos del mundo contemporáneo como de la literatura. En aquel salón de la calle de Vaneau hubieran podido oírse admirables conversaciones, en las que el Conde explicaba á sus amigas que la Francia estaba gobernada por delegados de las sociedades secretas y otras teorías políticas de parecido alcance.

Las mismas causas producen siempre los mismos efectos. Como en las más pequeñas poblaciones de provincias, la monotonía de las costumbres había producido en las dos viudas una monotonía del pensamiento. Los sentimientos eran muy grandes y las ideas muy pequeñas en aquel viejo hotel cuya puerta cochera se abría rara vez. El transeúnte percibía entonces, en el fondo de un

patio, un edificio en cuyo frontispicio se leía un rótulo latino, grabado en otro tiempo en honor del mariscal de Crequy, primer propietario de la casa: *Marti invicto atque indefesso*.—A Marte invicto é infatigable.—Las altas ventanas del principal y del piso bajo, el color amarillento de la piedra y el silencio absoluto del patio se armonizaban muy bien con el carácter de las dos moradoras de la casa, cuyas preocupaciones eran infinitas. La señora de Castel y su hija creían en los presentimientos, en la doble vista y los sonámbulos. Estaban persuadidas de que el Emperador Napoleón III emprendió la guerra de Italia por obedecer á un juramento prestado como carbonario. Aquellas dos mujeres, tan tolerantes y tan buenas, no hubieran concedido nunca su amistad á un protestante ó á un israelita. La sola idea de que pudiese haber un librepensador de buena fe las hubiera trastornado como si las hablasen de la santidad de un criminal. En fin, hasta el General las tenía por incomparablemente inocentes. Pero, como sucede á muchos oficiales, á los que su vida errante y ocultas timideces, encubiertas por una apariencia marcial, han condenado á esos amores de refilón, Scilly conocía muy poco á las mujeres y

no se hallaba en disposición de apreciar cuán verdadero era aquel candor y cuán ignorantes del mal vivían las dos Marías. Suponía que todas las mujeres honradas eran como aquéllas, y confundía á todas las demás bajo el epíteto de «miserables». El Conde solía pronunciar esta palabra cuando su enfermedad del hígado le hacía sufrir más de lo ordinario, y con un tono que dejaba sospechar alguna amarga decepción en su pasado. Pero que hubiese sido ó no engañado por alguna aventurera, ¿quién pensaba en inquietarse por ello entre las raras personas que encontraba en casa de «sus dos santas», como él llamaba á la señora de Castel y á su hija?

Balanceado por el movimiento de su coche, el General continuaba abandonándose á la crisis de recuerdos que sufría desde su salida de la calle de Vaneau, y acababa de hacer pasar en un cuarto de hora por su imaginación la existencia entera de sus amigas: al lado de aquellas dos simpáticas figuras se evocaban otras, la de la prima hermana de la señora de Castel, la señora de Trans, que pasaba una parte del año en provincias, y que iba con sus tres hijas, Yolanda, Isolina é Isabel, á pasar el invierno en París. Aquellas cuatro señoras se instalaban en una casa de

la calle de Monsieur, y su vida parisién consistía en oír misa á las siete de la mañana en la capilla privada de un convento situado en la calle de la Barouillere, y en visitar otros conventos ó en trabajar en labores dedicadas á obras de caridad durante la tarde. Se acostaban á las ocho y media de la noche, después de haber comido á las doce y cenado á las seis.

Dos veces por semana «aquellas señoras de Trans», como decía el General, pasaban la tarde en casa de sus primas. Aquellos dos días volvían á la calle de Monsieur á las diez de la noche, acompañadas de su criado, que iba á buscarlas con un gran lio en el que llevaba los chanclos y un farolito, á fin de que pudiesen atravesar el patio del hotel Castel sin peligro.

La Condesa de Trans y sus tres hijas tenían rostros ordinarios, muy tostados y llenos de pecas, vestidos hechos en casa por costureras que las designaban las religiosas, gustos de parsimonia escritos en la mezquindad de todo su sér, y como detalle en que se revelaba su aristocracia nativa, manos encantadoras y pies deliciosos, que no conseguían afeár los zapatones comprados en una piadosa casa de la calle de Sévres.

Era muy singular el contraste que se establecía entre aquellas cuatro mujeres y otro primo por parte de María Alicia, Jorge Liauran. Este último representaba en el salón de la calle de Vaneau todas las elegancias. Era un hombre de cuarenta y cinco años, con una fortuna más que mediana, aumentada por sabias especulaciones de Bolsa. Tenía su cuartito en el Circulo y allí almorzaba, comiendo cada noche de la semana en una de las casas de que era asiduo concurrente.

Era bajito, delgado y muy moreno. Si mantenía ó no el color y la frescura de su barba, cortada en punta, y de sus cabellos, también muy cortos, gracias á una tintura, era una cuestión discutida desde hacia mucho tiempo entre las tres señoritas de Trans, á las que asombraba la elegancia super fina de Jorge, sus zapatos de suela barnizada, sus calcetines de seda con adornos bordados, los botones de oro labrado de sus puños, la perla única de la pechera de su camisa y, en una palabra, los más pequeños detalles de la *toilette* de aquel hombre de hermosos ojos, cuyo esmero en el vestir representaba una existencia de prodigalidad sorprendente.

Todas ellas estaban convencidas de que Jorge ejercía una fatal influencia sobre Hu-

berto. Pero no opinaba lo mismo la señora de Liauran, puesto que había encargado á Jorge que sirviese al joven de guía en la vida mundana cuando quiso que su hijo cultivase las relaciones de familia. La noble señora recompensaba con aquella muestra de confianza las muchas atenciones de su primo. Este visitaba con frecuencia y regularidad el pacífico hotel desde hacia mucho tiempo, fuese porque la seguridad de aquel afecto le sirviese de lenitivo contra las mentiras de la sociedad parisiense, ó porque hubiera concebido por María Alicia Liauran uno de esos cultos secretos que las mujeres puras inspiran á veces, sin darse cuenta de ello, á los misántropos, porque Jorge tenía todas esas variedades de pesimismo que se encuentran en casi todos los que pasan habitualmente la vida en los casinos.

El género de carácter de aquel hombre, que en todas las materias se inclinaba siempre á creer lo malo, era para el General objeto de una admiración que la costumbre no había calmado. Pero aquella tarde no quería pensar en él, porque el recuerdo de Jorge Liauran no hacía más que avivar el de Hu- berto. Poco á poco, pero de un modo indudable, el digno hombre adquiría la evidencia de

que lo que entristecía tan cruelmente á sus amigas no podía ser más que alguna cosa de su hijo: sí, pero ¿qué sería ello?

Aquel punto de interrogación en que se resumía todo su desvarío estaba más presente que nunca en el espíritu del Conde cuando el pesado coche se detuvo delante de su casa. Al otro lado de la puerta cochera se hallaba parado otro carruaje, en el que Scilly reconoció el que la señora de Liauran había regalado á su hijo.

—¿Eres tú, Juan?—gritó al cochero á través de la lluvia.

—Señor Conde...—respondió una voz que Scilly reconoció con sorpresa.

—Huberto me espera en mi casa—se dijo, y franqueó el umbral, presa de una curiosidad que no había experimentado desde hacía muchos años.

II

A pesar de su curiosidad, el General no manifestó la menor sorpresa. La costumbre de la rigidez militar estaba demasiado arraigada en él para que ninguna emoción pudiera triunfar de ella. Colocó su bastón en la bastonera, se quitó con calma los guantes forrados y los dejó en la mesa del recibimiento al lado de su sombrero, cuidadosamente colocado en la percha. Su ayuda de cámara le quitó el abrigo con la misma lentitud. Luego entró en la pieza en que el criado acababa de anunciarle que el joven le esperaba desde hacía media hora. Era una sala de aspecto triste y que indicaba la sencillez de una existencia reducida á las más estrictas necesidades. Estantes de madera de roble, llenos de libros cuyo aspecto revelaba por sí solo que eran publicaciones oficiales, estaban colocados á los dos lados. Mapas y algunos trofeos de armas decoraban el Oeste de la pieza. Una mesa